

nos abre la morada misteriosa y esquiva de las visiones sobrehumanas. Esto basta, en suma, para que sin jactancia contemos al que fué nuestro compañero y amigo, entre los más inspirados, briosos y elegantes poetas que en el siglo XIX, tan fecundo en poesía lírica, han florecido en España.



**ELOGIO DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS
DEL CASTILLO. (1)**

Con indulgencia y bondad tan grandes que nunca sabrá ni podrá pagar cumplidamente mi gratitud, fuí elegido por segunda vez, hace ya tiempo, individuo de número de esta Real Academia. Convidado generosamente á tomar en ella asiento estuve ya otra vez. Abandono ó desidia, que carecería de disculpa si la modestia no se la diese, me impidió entrar aquí entonces. Ahora es menester que á esa modestia mía y á esa desconfianza de mis propias fuerzas se sobreponga un deber ineludible, á fin de que yo, saltando por cima de las dificultades que me atajan el paso, ó dando un rodeo para esquivarlas, escriba mi discurso de recep-

(1) Discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, el día 18 de Diciembre de 1904.

ción, y haga lo que de mí se exige para tener al cabo la honra de sentarme entre vosotros.

Hoy es para mí más arduo que la primera vez el empeño en que me hallo. Y esto por dos razones: la primera por lo quebrantado de mi salud, por lo avanzado de mi edad y por la pérdida de mi vista, que para escribir y para leer me dejan inhábil: y la segunda por el valor de la persona á quien vengo á reemplazar en esta corporación, gracias á vuestros votos.

La persona de Cánovas del Castillo tiene tal significación y tal importancia, que no podría yo limitarme á hacer de ella un rápido elogio, por encarecido y entusiasta que fuese, y á pasar luego á otro asunto, extraño por completo al Sr. Cánovas, tomando dicho asunto por tema de la disertación que estoy obligado á hacer. Mi disertación no puede ser así, aunque yo lo desee. Se diría que el inmortal espíritu de mi antecesor se halla presente entre nosotros; que invisible á los ojos del cuerpo, pero visible á los de mi alma, ocupa aún el asiento donde yo he de sentarme, y que todo mi previo discurso ha de tratar de él, y ha de dirigirse á él antes de que yo á tanto me atreva.

Su historia bien puede afirmarse que es toda la historia de nuestra nación durante la segunda mitad del siglo pasado, ya que en las revoluciones, restauraciones y cambios que hubo durante tan

largo período, hizo siempre D. Antonio Cánovas del Castillo muy principal papel hasta el día de su trágica muerte.

Para escribir sobre todo esto, con el detenimiento y con la amplitud que hoy se estilan, no bastaría un discurso por extenso que fuese: sería menester escribir una obra compuesta de varios volúmenes. Me decido, pues, á estudiar á mi predecesor bajo uno solo de los muchos aspectos en los que á nuestra vista se presenta y vive en nuestra memoria.

No hubo ambición, no hubo deseo de gloria por el que Cánovas no se sintiese estimulado. Su poderoso ingenio, su claro y elevado entendimiento, la influencia y el brío de su palabra, y más que nada el ímpetu, la arrogancia y la persistente firmeza de su voluntad, le abrieron y le allanaron los diversos caminos por donde subió él desde su humilde y obscuro lugar á la posición más elevada, alcanzando triunfos como hombre de acción, logrando y conservando largos años la jefatura de un gran partido político, dirigiendo desde la cumbre del poder los destinos de su patria, y conquistando al mismo tiempo la palma de grande orador, y la reputación envidiable de hombre amenísimo en su trato, de tremendo por sus chistosos y agudos epigramas, de escritor castizo y fácil, de historiador erudito y profundo, de novelista, de atinado crítico de literatura y de bellas artes, y hasta de

poeta lírico, aunque este último triunfo fuese harto más discutido y problemático que los otros.

Todavía no satisfecho Cánovas con su buen éxito en tan variadas empresas, aspiró á señalarse en otra más encumbrada, procurando hallar la razón superior de todo, la regla constante y segura para toda acción, y la luz y la medida para ver y estimar los sucesos humanos, para calcular su transcendencia, y hasta para pronosticar las contingencias futuras, remediando ó evitando el mal y señalando el camino recto.

No sé como llamar á esta facultad que Cánovas creía poseer ó que poseía. Llamar á Cánovas metafísico, tal vez sería impropio. Distraído su espíritu por diversas y opuestas sendas y engolfado en el revuelto mar de la vida activa, hubiera sido milagro estupendo que se diesen en él la serenidad y el conveniente desinteresado reposo para la sublime contemplación en que se funda la ciencia primera.

No me atrevo á llamar á Cánovas metafísico, porque lo agitado de su vida se prestaba poco á la especulación persistente que la metafísica exige; y no quiero llamarle sociólogo, porque el vocablo sociología me repugna por híbrido y presuntuoso. Le llamo, pues, político teórico, además de político práctico, y mejor aún pensador, palabra muy de moda en el día y que por su vaguedad compromete poco.

De lo remoto y de lo pasado Cánovas sabía bastante, porque la viveza y la perspicacia de su comprensión permitían que con una rápida lectura se enterase de los sucesos, apreciase los sistemas y percibiese las evoluciones, las distintas corrientes y el sesgo curso de los pensamientos humanos. Y de lo cercano y presente, Cánovas sabía mucho más, así por inmediata visión y contacto, como por experiencia adquirida y acrecentada sin tregua en la vida activa.

Como pensador quisiera yo representar á Cánovas y juzgarle hasta donde alcance para tanto mi entendimiento. Mi propósito es harto difícil por cualquiera de los dos medios que yo emplee para cumplirle. De uno de ellos, que es el mejor sin duda, desisto yo por considerarle por cima de mis débiles fuerzas, y expuesto además á incurrir en falsedad involuntaria, atribuyendo á Cánovas una filosofía fundamental, un desenvolvimiento dialéctico de ideas y un conjunto de doctrinas que acaso no llegó á concebir jamás. Por eso me inclino yo á discurrir sobre las ideas de Cánovas según él las concebía y las presentaba en determinados casos, bajo el influjo de las circunstancias de tal ó cual momento y dominado por la honda impresión que producían en su ánimo los grandes acontecimientos que iban realizándose y que él consideraba mayores, por lo mismo que se realizaban en su presencia y durante su vida.

No diré yo que Cánovas se contradijese ni que pensase ni disertase tal día de un modo y tal día de otro. Al contrario; yo entiendo que sus ideas y pensamientos se conciertan y se eslabonan lógicamente, y que, si es aventurado construir de todo una filosofía política y de la historia, completa y de Cánovas toda, la figura intelectual de Cánovas se muestra y resplandece con claridad y sin contradicción confusa, cuando se agrupan con tino y en buen orden las ideas que tuvo y los pensamientos que acertó á expresar, ya explicando con ellos los acontecimientos que él presenciaba, ya sirviéndose de ellos como norma y guía de su conducta, en cuantos acontecimientos él intervenía con mayor ó menor eficacia.

Lo más arduo para mí es seguir en su vuelo y en sus giros volubles la mente impetuosa de Cánovas, que no hay extremo á donde no llegue, ni punto que no toque, ni cuestión que no trate de dilucidar ó que no dilucide, ni futuro contingente que no se empeñe en pronosticar, convirtiéndole en necesario é ineludible, por virtud de leyes que su voluntad imperativa y arrogante tal vez prescribe y promulga.

Retratar á Cánovas de nuevo ofrece grandísimas dificultades que me han arredrado y me han hecho retardar la composición de este discurso, por el temor de no hacerle como conviene y como yo quisiera. De personaje tan querido y admirado se

ha escrito ya mucho. Sobrado presumir sería el mío, si imaginase yo que iba á decir algo en alabanza de Cánovas, más juicioso, más elocuente y más sentido que lo dicho y leído en esta misma Academia por D. Fernando Cos-Gayón, y lo que no sólo en España sino también en tierras extranjeras y remotas se ha dicho en su alabanza.

Cánovas, sin embargo, puede ser considerado bajo tan diferentes aspectos, que si yo prescindo de lo que otros pensaron y dijeron de él y le juzgo con mi propio criterio, sin duda me expondré á errar, á representar su figura falta de parecido, mal trazada y delineada, pero con sello distinto y propio, copia del natural, no copia de otra copia, sino tomado todo de mis recuerdos, de la impresión que hicieron en mí sus prendas personales y del examen imparcial y sereno que puedo hacer aún y que aún hago de sus escritos.

Ya he dicho que debo limitarme á tratar de Cánovas como pensador político y teórico. A fin de juzgarle bajo este solo aspecto, sin prolongar demasiado este discurso, prescindo aquí de la vida activa política de Cánovas y de cuanto escribió ó dijo sobre bellas artes, historia y literatura; prescindo de su novela y de sus poesías, desestimadas no con justicia, sino por odio á su persona, y voy á limitarme á tratar de la serie de discursos, leídos ó pronunciados los más de ellos en el Ateneo, y

publicados en tres volúmenes, bajo el común epígrafe de *Problemas contemporáneos*.

Toda la filosofía de Cánovas, toda su doctrina teórica y fundamental sobre cuestiones sociales, se halla cifrada y encerrada en dichos discursos, de cuyo contenido casi es imposible dar cuenta y hacer extracto, porque su extremada concisión apenas lo consiente, y porque la variedad de puntos que Cánovas toca y procura dilucidar ó dilucida, no consiente que, ni para convenir en todo, se repita lo que Cánovas dice y mucho menos consiente que se contradiga y se impugne lo que dice Cánovas, á lo cual puede cualquiera sentirse inclinado, y yo me siento inclinado también, aunque celebrando y admirando como el que más el saber de Cánovas, la sutileza y profundidad de su ingenio y la elocuencia y el vigor de su estilo. Pero la ciencia principal de que Cánovas hace gala y que por no llamarla sociología me inclino á llamar filosofía de la historia, es á mi ver una ciencia más deseada que lograda. Si la lográsemos, no ya sobrenatural, sino naturalmente, adquiriríamos el don de profecía. La previsión humana, por muy prudente y perspicaz que sea, harto falible y siempre insegura, se convertiría en presciencia semidivina. Desde la altura de esa ciencia ó presciencia maravillosa, descubriríamos el curso de los acontecimientos humanos, la dirección que llevan,

y el término hasta donde tienen que llegar por virtud de leyes providenciales, tan sabiamente ordenadas, que dentro de ellas y no contrariando sino coadyuvando al fin que se proponen, se mueve con holgura toda voluntad humana y no se menoscaban en lo más mínimo la responsabilidad y el libre albedrío de cada individuo y de cada pueblo.

Repito que soy admirador del talento de Cánovas, de la lucidez con que lo veía todo y de la serena imparcialidad con que lo juzgaba; pero ni Cánovas ni nadie en el día de hoy y tal vez nunca, podrá decir lo que el más elegante y sublime de los poetas latinos hace decir al rey de sus dioses:

«*Longius et volvens fatorum arcana movebo.*»

Los empeños de Cánovas como hombre de acción, su amor propio comprometido en determinadas empresas, y hasta la manera, á pesar suyo involuntaria y tal vez inconscientemente interesada, con que veía ó podía ver acontecimientos que favorecían ó contrariaban sus planes, son condiciones ó circunstancias que se oponen á que él prevea con claridad, pronostique con acierto, y tal vez juzgue con exactitud el valer y la transcendencia de hechos ya cumplidos.

En su primer discurso como Presidente del Ateneo, bajo la impresión de dos acontecimientos importantísimos, Cánovas decide y hasta profetiza; pero bien podemos admirarnos de sus pronósticos

y decisiones, sin aceptar por inevitables los pronósticos, ni las decisiones por seguras y bien fundadas. De que el Padre Santo haya perdido su poder temporal y de que los prusianos vencieran en Sedán á los franceses, no puede ni debe inferirse todo lo que Cánovas infiere y anuncia. Para todo católico creyente, la Iglesia de Cristo está fundada sobre inmovible cimiento y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Ahora bien, ¿cómo creer que la persistencia de tan sólida congregación y del centro soberano que le presta unidad y armonía pueda depender de condición proporcionalmente tan mezquina como es la de que el Padre Santo sea soberano temporal de una pequeña porción de Italia, la obediencia de cuyos habitantes convino conservar á menudo por medio de la intervención y ocupación de un ejército extranjero? ¿Qué garantía de independencia puede dar esto al Padre común de los fieles? La misma historia enseña lo contrario, y tal vez los Papas que han alcanzado mayor poder espiritual en el mundo son los que menos poder temporal han tenido. Gregorio VII murió en Salerno, desterrado de Roma.

La preponderancia ó hegemonía de los pueblos germánicos, así como la decadencia de los neolatinos, no pueden ni deben inferirse de las victorias de Alemania sobre Francia al terminar el reinado

de Napoleón III. ¿Pues qué, desciende tan de súbito una nación y se eleva tan repentinamente otra por la insegura suerte de las armas, en que la fortuna entra á menudo por tanto ó por más que el valor y la ciencia ó que la fuerza y la maña? Mu- chísimo valen la maña y la fuerza para defenderse y ofender, para adquirir y mantener el imperio; pero no es esta la única medida de la importancia de las naciones. No por perder una vez en lucha armada debe considerarse todo lo demás irremisiblemente perdido. Todavía Francia es riquísima, á pesar de la tremenda sangría de riqueza que le hicieron los prusianos vencedores. Todavía, sin que parezca absurda y vanidosa jactancia, puede decirse que París es el corazón y el cerebro del mundo. Toda flamante doctrina, sana ó perversa, disparatada ó juiciosa, aunque allí no se invente, desde allí se difunde por todas partes. París sigue siendo el centro en que se expiden los títulos y diplomas de celebridad y de gloria: la nueva Síbaris que impone las elegancias y las modas: la ciudad santa, donde acuden en peregrinación los que se precian de *intelectuales* en no pocos países, del mismo modo que los mahometanos van á la Meca. Los poetas y novelistas franceses son más leídos, celebrados é imitados por donde quiera que los de ninguna otra nación.

¿Cómo he de negar yo, ni ha de negar nadie, la

independencia intelectual y el vigor fecundo de la docta y especulativa Alemania, y de Inglaterra y de los Estados Unidos, donde lo que tanto se admira como práctico, industrial y conducente á la prosperidad material, á la riqueza y al poderío, se concierta tan bien con la poesía más sentimental y soñadora, en apariencia al menos? Mas no por eso Francia deja de prevalecer y de descollar sobre todo. Las filosofías y las más hondas especulaciones germánicas, y los más extravagantes sistemas económicos, políticos y antropológicos, inventados en Inglaterra, no corren por el mundo, ni se presentan ni figuran en todas partes, hasta que en París no se les da el pasaporte y la carta de recomendación casi indispensables.

Pero no sólo por el pensamiento, sino también por la acción y por el poder militar y político carece de fundamento la afirmación de la decadencia de Francia. La elevación de un pueblo y su decadencia y ruina no se verifican con tanta rapidez como se cambia una decoración de teatro. La misma Francia, vencida en Sedán y multada y desmembrada luego, había vencido pocos años antes, bajo el mismo régimen y reinando el mismo Emperador, á los rusos en Crimea y á los austriacos en Italia; y hasta había fundado del otro lado del Atlántico un imperio, de cuya efímera duración y desastroso remate no le cabe toda la culpa. Y la

misma Francia, en el mismo siglo en que fué vencida por los prusianos, había triunfado de ellos y de toda Alemania y de Rusia, bajo el primer Napoleón, y aun después de la caída de éste había intervenido en España, había contribuído á dar libertad á Grecia, había conquistado y colonizado Argel, Orán y gran parte del Norte de Africa, y había extendido sus dominios por vastas regiones del Extremo Oriente.

Menos aún que la decadencia de Francia, puede afirmarse la de Italia, cuya independencia y cuya unidad, por largos siglos deseadas y apenas conseguidas bajo el cetro del rey bárbaro Teodorico, se logra al cabo por Cavour y por Garibaldi. Y no se logra de repente, sino después de maravillosa preparación; después del más rico, fértil y espléndido florecimiento del pensar italiano, convergente todo él al mismo propósito, aunque por diversos caminos. ¿Cómo declarar decadente á una nación en el mismo siglo en que han vivido y brillado en su fecundo seno filósofos como Mamiani, Rosmini, Galuppi y Gioberti; historiadores como Tosti y Micali, y literatos y poetas como Parini, Alfieri, Fóscolo, Monti, Manzoni, Leopardi, Nicolini, Giusti y Rosetti?

¿Será quizás que sólo España resulte ó aparezca decadente entre todos los pueblos latinos? Bien examinado este negocio, sólo parece cierto, sean

las que sean las causas, que el colmo, ó mejor dicho, la mayor hondura de nuestro abatimiento y decadencia fué en los últimos años del siglo XVII. Desde entonces, en realidad, no ha decaído España, porque si desde entonces no perdió sus colonias fué por no haber en ellas vida y fuerza bastantes para separarse de nosotros y por no haber crecido aún para quitárnoslas ó el poder y la ambición de otras naciones ó las naciones mismas. Desde entonces, repito, desde fines del siglo XVII. España, lejos de decaer, ha hecho y hace á menudo generosos y grandes esfuerzos, muchas veces, pero no siempre, infructuosos, para salir de su prostración y de su atraso, para renacer á nueva y gloriosa vida, como por ejemplo en el reinado de Carlos III y en el heroico levantamiento y guerra de la Independencia; y por último, hasta en época más reciente, á pesar de tan prolongadas guerras civiles, luchas de partido y mezquinas revoluciones y pronunciamientos.

En suma; yo no acierto á ver tal decadencia de la raza latina. Es más: yo no creo en que haya tal raza latina en contraposición de la germánica, ni creo mucho tampoco en que sean germánicos los ingleses, aunque los llamemos anglosajones, con la misma razón ó con poco más razón que pudiéramos llamar germánicos á los franceses, porque fueron conquistados por los francos, ó llamar os-

trogodos ó germanos á los habitantes de Italia ó llamarnos nosotros visigodos y germanos también, ó si se quiere árabes y berberiscos. La división, en cierto modo caprichosa, de las naciones europeas en latinas, germánicas y eslavas, sólo vale, en mi sentir, para crear nuevos odios y rivalidades, con fundamento falso y sofístico, sin estrechar por eso la amistad de unos pueblos con otros ni lograr que fraternicen. La amistad y el aprecio entre franceses y españoles y entre polacos y rusos, han dejado con frecuencia y dejan todavía no poco que desear, sin que acertemos á ver que la idea de que nosotros somos latinos y de que los polacos y los rusos son eslavos valga ó haya valido hasta el día de hoy para la satisfacción de tan buen deseo. Por el contrario, la idea de latinismo, creando, en mi sentir sin razón, un predicamento muy amplio, hace en ocasiones que nos desunamos en vez de unirnos y que en realidad nos descastemos. Por eso no puedo menos de confesar yo que me suena mal y me molesta que, desde Méjico hasta Chile y la Argentina, la inmensa extensión del Nuevo Mundo donde hay muchos Estados y millones de hombres que hablan todavía la lengua castellana, y donde acaso uno á lo más de cada dos ó tres mil pronunciará ó hablará más latín que el *Gloria Patri*, se llame todo América latina, sin duda á fin de no llamarse América española, tal vez por infundado

desdén hacia la antigua metrópoli ó por inveterado, injusto y persistente enojo.

Como quiera que ello sea y aunque nos pese el confesarlo, fuerza es convenir con Cánovas, cuando no en el *latinismo* y en la decadencia latina, en la peculiar y deplorable decadencia de nuestra patria.

Difíciles de explicar son las causas de este fenómeno histórico; de este hecho tan indudable. Al terminar el siglo xv y durante todo el siglo xvi bien puede afirmarse que fué España la primera nación del mundo. ¿Cómo decayó y se postró tan rápidamente? Acaso el estudio teórico en que con mayor persistencia se ha empleado Cánovas, es investigar las causas de la extraordinaria elevación de España, de su poco persistente preponderancia y de su abatimiento lastimoso. Echar la culpa á los reyes y á sus validos, condenar sólo la tiranía y el fanatismo de los gobiernos, podrá ser simpático y popular, pero es injusto y falso. Cánovas buscó causas más hondas á nuestra caída y, en sus *Estudios sobre el reinado de Felipe IV*, llegó á hacer la apología de este rey y hasta una razonable defensa del exageradamente censurado Conde Duque de Olivares.

La decadencia de España obedecía á leyes providenciales, dimanaba de la naturaleza misma de las cosas, y ni Felipe IV, ni Olivares, ni otros mo-

narcas y ministros de mayores arrestos y habilidades, hubieran podido evitarla.

Se diría que Cánovas preveía las censuras que contra él pudieran dirigir sus enemigos políticos, que estaba preocupado de que á él también pudieran acusarle de ineficaz por no lograr lo imposible; y en suma, que se curaba en salud, como vulgarmente se dice, cubriéndose con el escudo y poniéndose en guardia de antemano para parar golpes previstos y que no dejarían de asestarle. Tal previa defensa acaso estaba de sobra. Por la inestabilidad de los gobiernos, por los cambios incesantes y por la falta de verdaderos partidos políticos ó sea de grandes agrupaciones de hombres unidos por los mismos intereses, ideas y propósitos, la perseverancia en determinada política, dirigiendo la mira á un punto fijo, sin desistir ni cambiar hasta tocar en él, fué en España obra punto menos que imposible durante el siglo pasado. Cánovas no tenía, pues, necesidad de defender á Olivares ni á nadie, para defenderse en prefiguración de un mal éxito ó de un escaso buen éxito inevitable.

En cambio, muchas personas pudieran acusar á Cánovas, y no pocas le acusaron del pobre concepto que de su nación se suponía que formaba. La acusación, con todo, fué injusta. Amor no quita conocimiento. Conocer y hasta declarar las faltas del objeto amado, no implica que el amor se trueque